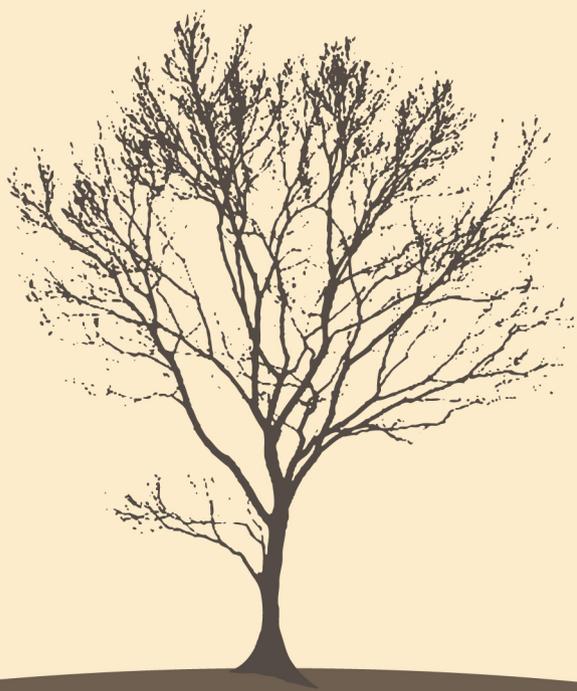


( A N T O L O G Í A )

Calixto Torres

EL CARNAVAL  
DE LA INCERTIDUMBRE

Selección y edición de  
CARLOS AGANZO



ARS  POETICA



EL CARNAVAL  
DE LA INCERTIDUMBRE



Calixto Torres

EL CARNAVAL  
DE LA INCERTIDUMBRE



ARS  POETICA



( A N T O L O G Í A )

# EL CARNAVAL DE LA INCERTIDUMBRE

105 poemas de Calixto Torres

Selección y edición de  
CARLOS AGANZO

colección  
| SOLA NOCTE |

ARS  POETICA  
*boutique de poesía*

*El carnaval de la incertidumbre*

Calixto Torres

Dirección editorial:

Ilia Galán

Colección:

SOLA NOCTE

Director de colección:

Jesús Urceloy



© 2020 Calixto Torres

© 2020 Carlos Aganzo (de la antología)

© 2020 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.

[Sociedad editora]

c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC

33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)

Tel. (centralita): (+34) 984 300 233

info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: septiembre, 2020

ISBN: 978-84-17691-96-7

Depósito Legal: AS 01255-2020

Impreso en España

Impreso por Podiprint

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

Celebración de Calixto Torres  
por JESÚS URCELOY

*Con tu nombre sonoro  
aniquilado en fuentes y amazonas  
libras la sal del mundo*

*surtes y agitas el caudal y el oro  
temprano y singular y me personas  
olvidado un segundo*

*te daría mi sangre te daría  
otras palabras si no fueran alba  
redonda y plazo a plazo*

*remo a tu casa umbría  
en tu mano mi mano ya se salva  
soñando en la materia de tu abrazo*

Febrero de 2020



# POESÍA EN EL CAMINO

por Carlos Aganzo

*«Mañana, cuando no esté,  
espero que alguien disfrute  
las manchas de este papel».*

Calixto Torres  
*Romance de las Voces Negras*

Llegó con tres heridas: la del amor, la de la muerte, la de la vida. Calixto Torres, como Miguel Hernández, bebió desde la cuna los vientos del pueblo. Su cuna en Fernán Núñez, diez mil habitantes apretados con toda la Campiña Sur cordobesa dispuesta para cantar. Para cantar primero a la vida, es decir, a la nacencia. Enseguida al amor. Y casi sin darse cuenta a la muerte. Esa muerte de palabra oscura que tiñe, como en *La tierra de Alvergónzález*, de Machado, o en las *Bodas de sangre* de Federico García Lorca, la cal blanca de los pueblos de la España recóndita. *Campo herido*, como cantaba su paisano Emilio José, cuando les puso música a los poetas andaluces de su tiempo.

Qué distinto, qué distante, aquel poeta de sus primeros libros – *Suspiros de vida*, *Desde el corazón de un poema*,

*Romance de las voces negras* o *Poemas al viento*— del que vendría unos años después. Versos de copla, de menudillo y Montilla Moriles, profundamente implicados en los colores de la tierra, entonces. Más tarde, a partir de *carbón*, ya una voz sola, incisiva y rota. La voz auténtica del poeta.

Se ha tomado su tiempo el escritor para deslindar su voz de las antiguas voces de su pueblo, que se le metían en el oído y le impedían cantar con acento propio. Es cierto. Tan cierto como que algo, o mucho, ha tenido que ver en este hallazgo su incansable labor como editor y agitador cultural. Sus lecturas, sus trabajos, sus días. Cerca de él Góngora y Juan Ramón. Pero también Pablo García Baena y Valente. Y más allá Cummings y Pessoa. Y decenas de poetas de nuestro tiempo en las colecciones de poesía por él dirigidas. Una carrera intensa hacia la modernidad.

Aquel «poeta del alma en cuya voz el amor tiembla como un cervatillo joven», como decía de él su también paisano Juan Velasco, en el prólogo del *Romance...*, sufre una metamorfosis y se transforma, al alcanzar la madurez, en un poeta diferente. Un poeta que no olvida sus raíces ni sus esencias. En absoluto. Pero que se levanta sobre ellas para indagar en su verdadero yo poético. Un

yo que abandona los territorios del bienestar para preguntarse, con todo el asombro y toda la crudeza que sean necesarios, sobre la verdad cuanto le rodea. Sobre su inquietante incertidumbre.

### El carnaval de la incertidumbre

*nadie olvida su voz ni la deja abandonada*

*en una esquina de sombras*

*es la voz la que abandona al hombre*

*cada hombre dispone de un motivo*

*que a veces se atreve a abrir la puerta*

*dando paso a las huidas*

*nadie abandona su voz*

*aunque su voz insinúe la llegada del tropiezo*

Así lo dice Calixto Torres, casi como una declaración de principios, como una poética, en *Cancionero* (2018), el tercero de los poemarios de la tetralogía sobre la que se levanta esta antología. El tercero, después de *carbón* (2013) y de *la voz del otro yo* (2016); antes, o casi a la vez, que *el luego de las prisas* (2018). Huidas, tropiezos

y hallazgos que se suceden a lo largo de estos cuatro libros, cada uno con su carácter pero todos con un nexo común: la herida abierta, la duda poética frente a la inconsistencia del mundo.

Para «crear un mundo aparte». Pero también para «sepultar las contradicciones y mirar cara a cara a tu yo». Para eso dice que escribe Calixto Torres. La primera confrontación sería entre el poeta y la vida, el primer cara a cara también con el propio yo se produce con la llegada de *carbón*, y se prolonga de inmediato en su secuela, *carbón y otros poemas*. Lo abrupto, tanto en la forma como en el contenido, se impone de manera determinante a la antigua suavidad de su palabra, iniciando un camino que ya no se detiene. «La suerte está echada», dice el poeta: «un nuevo propósito ocupa su sitio». Es verdad. Huyendo de la ira del verdugo, aceptando las cicatrices, bebiendo el agua salobre del pozo de la insatisfacción, la poesía de Calixto Torres se impone en este libro iniciático un itinerario de introspección y de búsqueda que no abandonará jamás.

La primera estación de este itinerario, el lugar donde será necesario detenerse un tiempo y no continuar hasta no resultar esclarecido, será la estación del yo. El espacio donde

escuchar, con toda su sugerencia, *la voz del otro yo*. Y en este punto es justo decir que descubrirse otro, ciertamente, no es sencillo para el poeta. De la indagación surge la otredad. Y la otredad, en sus momentos iniciales, antes aun que asombro produce desasosiego. Desasosiego pessoano. Y la mejor receta que encuentra Calixto Torres para luchar contra esta primera perplejidad, esta inquietud primera, es la de la humildad. La del despojamiento. Si el camino lo inició ligero de equipaje, dejando en casa todo lo superfluo —empezando por las mayúsculas y los puntos del poema—, ahora el resto lo deberá continuar a pie. Más aún, a ras de tierra.

*(...) hay versos  
que se agotan  
cuando se leen  
tras la siguiente página  
intentan pretenden  
ansían pasar desapercibidos*

*tal vez  
soy uno de ellos*

La técnica da su fruto. Con el tiempo y la constancia de los pasos, la otredad se termina convirtiendo en descubrimiento de la identidad. Desvelamiento de ese «poeta auténtico» al que saluda el profesor Bartolomé Delgado Cerrillo en el prólogo de este libro. El poseedor, ahora, de «una provocadora poética –rompedora, desafiante, antiacadémica, iconoclasta, inconformista y lúdica– que no deja a nadie indiferente». La poesía, concebida al tiempo como construcción lingüística y personal. «Todo ser está predestinado en su soledad a percibir de sus adentros la llamada de la conciencia, la voz del otro yo. Ese otro yo que, refugiado en el anonimato, no deja de latir, de maquinarse su palpito», dice el autor. Oculto, acechante, atento «en actitud clandestina» a los tentáculos de la mentira, el autor procede en este libro a un ejercicio puro de poda, de despojamiento. Duda y angustia frente a la soberbia. Días de escombros y cavilaciones a merced de la palabra.

Tanto manotazo, tanta rebeldía, tanto desmontaje del ser parece sólo apaciguarse con la llegada de *Cancionero*, que en esta antología no se vincula necesariamente de una manera cronológica con la publicación de los libros, sino más bien con el tiempo en el que los poemas fueron concebidos.

Aquí, en la segunda estación, en la del cántico sanjuanista cordobés, se diría que el tema, como en el jazz, después de la ruptura encuentra su acomodo en un sonido nuevo. La estridencia se rebaja. Los sentidos se aclimatan a la nueva realidad. Fabricar con paciencia la espera para intentar detenerse en la luz. Recrearse en la pregunta reprimiendo el ansia por obtener la respuesta. Y todo con la incorporación, ya aquí, de un nuevo elemento valiosísimo para la construcción poética de Calixto Torres: el olvido, como parte esencial de la memoria. Las dos caras del tiempo humano.

*en la vida no hay espacio para el olvido  
una vida no es suficiente  
para olvidar lo vivido en ella  
solo es                      suficiente  
para revelar que deberíamos aprender a olvidar*

Los versos se adelgazan. El hambre de la palabra se transforma en el hambre de la esencia de la palabra. Y es así como surge el canto.

La antología se cierra, como la obra de Calixto Torres por el momento, con la última entrega de esta particular

andadura poética. ¿Es posible encontrar sosiego en el desasosiego? ¿Paz en la locura? En parte sí. Y el secreto está en el propio título del libro: aplazar el pronunciamiento, dejar de «perseguir la huida», descubrir el luego de las prisas.

Toda conquista, sin embargo, tiene su precio. Tras el desasosiego y el asombro, tras el despojamiento y la batalla con el olvido, están la relatividad, la duda y la incertidumbre: los signos de nuestro tiempo. «Me he vuelto otro», dice Calixto Torres, «a veces me reconozco otras ni me saludo». A pesar de ello, es precisamente en este nuevo territorio, en los puros límites del nihilismo, en el que el poeta termina encontrando su expresión más propia. Es por eso por lo que los versos de *el luego de las prisas*, que hablan por sí mismos, ocupan la parte mollar de esta antología. Descubrirse indefenso, desconfiar de la existencia, incluso morir a ratos, encontrando en cambio un cierto consuelo en la desnudez, una inusual dulzura en la intemperie. Ese no sufrir sufriendo que sería el equivalente al no saber sabiendo de Juan de la Cruz.

Hemos citado, puestos a contemplar lo recorrido, instalados ya al final del camino, al imprescindible Juan de la Cruz. Con él como guía de lectura cabría entonces preguntarse si acaso todo este trayecto de Calixto Torres no sea

acaso un trayecto ascético. Lo más seguro es que sí. La diferencia entre la ascética y la mística es la misma que existe entre la búsqueda y el encuentro. Al cierre de la antología, da la impresión de que la búsqueda agota en este último libro todas sus posibilidades. Habrá que esperar a ver por dónde siguen los derroteros de este poeta singular.



De  
*carbón*



1.

*18 de julio de 1936*

aquella noria detuvo su vuelo  
se atragantó la noche

mil huellas confundidas apresuraron la partida  
buscaban un rincón algún rincón otro rincón donde  
al menos ocultar los miedos  
donde la ira despechada olvidase la discordia olvidase  
engendrar el dolor imprevisto desechase ausencias  
donde el calor de los más cercanos  
confortara el letargo de las horas  
donde el eco de un disparo se agotase  
en la lejanía

desprovisto de desengaño  
desconociste el invierno de una pisada  
descuidaste la frialdad  
desmedida del dedo acusador

tu paso inquieto se quedó y  
quedó la noche incubando  
el eclipse de las desdichas

2.

tiemblan las paredes

un puño manchado de sangre tatuada de rabia

con los nudillos infectados de crueldad

llama

sembrado de agónicos despertares

medrosamente inculca desasosiego desvelo pavor

que cuece augurando la desgracia

el candil funesto arrodilla la lumbre que ensombrece al

[crucifijo

*toc toc toc*

golpean de nuevo

las puertas cerradas claman la eternidad silencian

el respirar de unos muros agrietados

que a veces conspiran

embadurnando de tizne la misericordia

el miedo sepulta el poco aire provisto de utopía

mientras la muerte

pasea a su antojo

por el pasillo que lleva al comedor

3.

las campanas *don don* doblando insisten  
eternas inhumanas *don don don*  
clavan tan fieramente su rejón  
que hay sienes que enloquecen no resisten  
ese continuo *don* con el que embisten  
sus pitones de muerte y condición  
cornean una vez otra un montón  
de un negro saturado se revisten

el olvido y su urdir intrascendente  
toda herida afanado cicatriza  
sometido al vacío a su frialdad  
pero vuelve a volver del subconsciente  
el *don don* resucita martiriza  
la ofensa que no entierra su verdad

4.

*A mi padre*

te conocí prevenido

*podrás arrancar alguna sonrisa*

*difícilmente una lágrima*

no discurrieron en balde

los otoños furtivos el recuerdo

aunque secó

no supo enterrar el silbido agónico del viento resentido

que fue banda sonora de desvelos prematuros

a duermevela cauto paciente

las horas huían

el sueño descomplace

si acude arraiga y vence

sigues estando cerca cuando pienso

cuando no pienso también ahora

sé que me esperas tras la lluvia